

cias, de la sociedad para la que rige y que terminan por convertirse en los supuestos que garantizan o no su eficacia.³

Para Foucault, las prácticas sociales tienen la capacidad de producir nuevos sujetos, conceptos y técnicas; la misma capacidad la tienen las prácticas jurídicas, en determinados contextos locales y temporales; atender a ellas permitirá ver también qué subjetividades han ido definiendo, qué saberes, qué verdades y qué formas de relacionamiento se crean. Esto permite entender al Derecho como el resultado de todo un proceso de construcción social, cruzado por relaciones de poder, capaz de generar ciertas prácticas sociales, subjetividades y aún materialidades.

A partir de la reflexión previa, se puede concluir diciendo que la vigencia sociológica de los derechos de las mujeres reconocidos en la Constitución Política es poco viable, si no se transforma también la institucionalidad. Entonces el desafío está en incidir no solo en las normas legales, sino además en los patrones culturales que contribuyen a mantener la discriminación de las mujeres.



Mauro Cerbino, 2006,
Jóvenes en la calle. Cultura y conflicto,
Anthropos, España.

Diciembre de 2004. Me llaman del periódico *El País* -el de más difusión en España- con el encargo de redactar un texto sobre el fenómeno de las bandas latinas. Decido hacerlo con el juvenólogo colombiano Germán Muñoz, que está de paso por Barcelona. Queremos dar un retrato del origen de las pandillas en la América latina. Nos basamos en los textos de colegas y amigos que han tratado el tema: James Diego y Luis en los Estados Unidos, Rossana y José Manuel en México, Carlos y Alonso en Colombia, y Mauro en Ecuador. A este último no lo conozco personalmente, aunque Germán sí: otro colega antropólogo -Joan J. Pujadas- me había hablado de él prometiéndome un libro sobre las pandillas que le había encargado Mauro y se perdió en una desgraciada inundación. De este bello texto sacamos una cita -la de Bertolt Brecht- para encabezar nuestro artículo. La publicación del texto tiene notable repercusión, pues ofrece informaciones e interpretaciones muy distintas a las dominantes en los medios de comuni-

3 Ruiz, Alicia, 2000, "La construcción jurídica de la subjetividad no es ajena a las mujeres", en *El derecho en el género y el género en el derecho*, Cédale, Editorial biblos, Buenos Aires, pp. 22.

cación (que desde hace unos meses se hacen eco de una campaña de “pánico moral” de manual de sociología de la comunicación). Al cabo de unos días un periodista contesta con otro artículo titulado “Caníbales y bandas latinas”, en el que nos compara a aquellos antropólogos que justificaban las ingesta de carne humana por un supuesto relativismo cultural (sic.), clama contra la supuesta “impunidad” con que cuentan estas bandas y se hace portavoz del movimiento vecinal que reclama su expulsión del espacio público: “La tolerancia solo consigue que estas bandas se sientan más fuertes a costa del miedo de los demás”.

Enero de 2005. Recibo el libro de Mauro y empiezo a leerlo. De entrada, me sorprende ver en la bibliografía citados a Barthes, Calvino, Habermas, Negri, Habermas, Jacobson y Wittgenstein. ¿Qué tendrán que ver estos autores con las pandillas juveniles? Al empezar a leer el texto, me interesan sus apuntes etnográficos, me divierten los fragmentos de narraciones orales, me aclaran dudas algunas definiciones conceptuales (como la de “nación”), me es de gran utilidad el vocabulario final (para poder entender las entrevistas que estamos realizando), y sobre todo me interesan las reflexiones teóricas, esbozos de pensamiento crítico que mezclan, como el bricolaje de las culturas juveniles, autores y conceptos aparentemente incompatibles: las teorías anglosajonas sobre etiquetaje social (de Goffman a Hall), las teorías francesas sobre discurso y poder (de Foucault a Derrida, pasando por Barthes y Lacan), los estudios italianos sobre hegemonía y subalternidad (de Gramsci a Canevacci) y los estudios latinoamericanos sobre culturas juveniles (de Martín-Barbero a Reguillo). En el cruce de esas distintas tradiciones teóricas nacionales y disciplinarias, Cerbino rescata ideas y enfoques que contribuyen a dar luz al fenómeno de las pandillas juveniles y a sacarlo de sus los cajones estancos en los que lo habían reducido tanto las teorías criminológicas (que pre-

sentan a las bandas como síntoma de desorganización social), como a las teorías románticas emergentes (que ven en ellas instrumentos de liberación juvenil). Conceptos como el tratamiento de “emergencia” por parte de los medios, los “territorios emocionales” pandilleros, la masculinidad hegemónica, la pandilla como “comunidad emocional”, la pandilla como espacio de escucha, la definición de “nación” etc. Igualmente útiles los apuntes etnográficos que demuestran la capacidad para la reflexión antropológica de muchos de sus informantes, como Boris: “Todo es un círculo de violencia, estamos rodeados de violencia y el joven también expresa”.

Abril de 2005. En Génova, acompañados de nuestro colega italoecuadoriano Mauro Cerbino, acudimos a un Instituto del área metropolitana de Barcelona, donde compartimos con varios profesores su percepción del tema. En el centro conviven unos 600 estudiantes, un 95% de los cuales son extranjeros, y un 80% latinoamericanos. La mayoría han llegado en los últimos cuatro años, para reunirse con sus madres y padres que habitan en las viviendas populares del barrio (donde en los años 60 se asentaron migrantes originarios del sur de España). En las paredes exteriores proliferan las pintadas con la corona de cinco puntas y la inscripción “Zona de Reyes”. En el seminario, los profesores nos enseñan un montón de gorras y otros atuendos hip-hop requisados a los alumnos. Uno comenta el caso de una alumna acosada por una banda y otro exclama: “Lo que falta es más disciplina”. Una profesora muy lúcida nos ha explicado que al principio nadie quería reconocer la existencia de estos grupos –“La consigna era: aquí no pasa nada”- pero tras una pelea que hubo se pasó al extremo contrario, creándose una alarma excesiva: “En el fondo hay un déficit emocional originado por la manera cómo estamos acogiendo a estos adolescentes que viven el duelo de la migración sin ningún apoyo”. Cuando acabamos la entrevista pase-

amos por el barrio y topamos de repente con la discoteca Caribe Caliente, el local ha vuelto a abrir, pero al parecer cambiando de público: se anuncia un concierto de música andina y otro de tecnocumbia. En el metro nos ofrecen la prensa gratuita del día. Todos los periódicos se hacen eco en portada de una noticia: “8 latín kings detenidos tras un atraco en el metro”. Unos jóvenes atracaron a una mujer en el metro, dos hombres intentaron ayudarla y se encontraron con una reacción muy agresiva: a uno lo arrojaron a la vía y a otro le amenazaron con una piedra: “¡Vas a ver como mata un hombre!”. Al empezar a leer el texto, nos asaltan las dudas. El reportaje habla de jóvenes “de estética latín king” aunque no se aclara qué significa esta expresión ni quien la asigna (lo mismo sucedió hace tiempo cuando la prensa empezó a hablar de “jóvenes de estética skinhead”, cajón de sastre en el que se metía a neonazis, ultras del fútbol y makineros). Aunque parece ser un hecho de actualidad, sucedió hace tres semanas (surge la duda de por qué se publica ahora). Pese a la etiqueta de “latinos”, varios de los detenidos son de nacionalidad española (uno resulta ser un delincuente habitual). Informaciones posteriores confirman nuestras sospechas: en realidad no había pruebas de que se trate de latín kings (luego se demostró que la autoría correspondía a otros). Pero ningún medio desmiente la atribución de la autoría, que confirma el estereotipo del latino violento.

Junio de 2004. La cadena privada con mayor audiencia en España transmite en un horario de máxima audiencia un reportaje titulado “Las nuevas bandas callejeras” dedicado íntegramente a las bandas latinas. El documental, presentado por la misma periodista que presenta Gran Hermano, utiliza recursos técnicos muy sofisticados y una narrativa que capta la atención, pero el mensaje es de una simpleza extraordinaria: las bandas latinas son un auténtico problema de

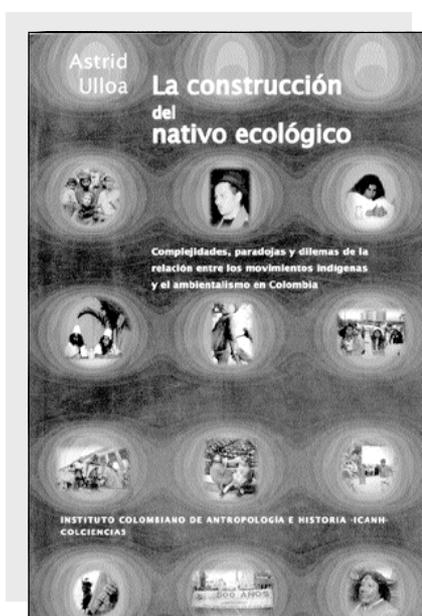
orden público. Los foros de internet posteriores al programa no dejan dudas sobre sus efectos en la retroalimentación de discursos xenófobos. En la web oficial de la televisión puede leerse los resultados de una encuesta en torno a la siguiente pregunta: “¿Cómo se puede luchar frente a las bandas callejeras?”. El resultado es contundente: represión policial (4%), mayor educación (9%), condenas más severas (10%) y expulsión de España (78%). Mientras reflexiono en el impacto de los medios releo la parte del libro de Cerbino dedicada a “la mirada”. La importancia de la mirada, su “significancia” (en el sentido de Barthes, es decir, la mirada es algo más de lo que creemos o podemos entender) es crucial en el tema de las pandillas. La mirada de los jóvenes pandilleros (como los que se desafían en la discoteca y luego en la salida de los institutos), la mirada de los jóvenes emigrantes (que malinterpretan o confunden miradas de los jóvenes autóctonos), la mirada de los adultos (que ante cualquier joven de tez morena y ropa rapera ven un peligroso pandillero), la mirada de los medios de comunicación (que mapea la ciudad como un territorio bélico) e incluso la mirada “experta” de técnicos e investigadores (que siguen confundiendo las bandas globales de la era digital con pandillas tradicionales). Lo resumen maravillosamente bien dos de los informantes del estudio: “La mirada lo dice todo” (el Loco), “Nos ven con miedo, a veces con pena” (Fausto). Frente a esa mirada ausente o perdida, la necesaria mirada crítica de los científicos sociales, crítica frente a los discursos dominantes que amplifican las retóricas de la discriminación, pero también frente a visiones excesivamente románticas o justificadoras de la agresión y del conflicto.

Agosto de 2005. Releo el libro de Cerbino y lo hago con el interés de buscar ideas y datos para nuestro informe. Una mirada que intenta historizar el fenómeno de las pandillas para captar mejor las continuidades y dis-

continuidades del presente. Por eso invito al autor a rescatar una de las preguntas implícitas en su libro: ¿qué tienen en común las tradicionales “jorgas” de barrio y las nuevas “bandas” transnacionales? ¿qué sucede cuando las pandillas se hacen naciones y entran en el mercado de las culturas juveniles globalizadas? ¿puede investigarse este nuevo fenómeno con los lentes algo vetustos de la vieja etnografía y de los estudios de comunidad? En este sentido, es clave la reflexión aplicada de Cerbino: “El acto violento no es sólo consecuencia de una incompreensión, sino que se produce por la imposibilidad de construir una mediación simbólica: la posibilidad de apalabrar esa mirada, de encasillarla o asignarles un sentido soportable o conveniente”. ¿Cómo construir esas mediaciones simbólicas cuando las conflictividades son transnacionales? Desnaturalizar la violencia juvenil supone rastrear en el espacio y el tiempo las variadas formas de resolución no pacífica de conflictos en el marco determinados contextos culturales, pues el recurso a la violencia (o a su inverso, la no violencia) es casi siempre fruto de tensiones latentes o vigentes que recorren el conjunto de la sociedad. Desnaturalizar la violencia juvenil implica también comprender por qué las prácticas y los imaginarios violentos se concentran en este grupo de edad, lo que supone cuestionar las relaciones de hegemonía y subalternidad, deconstruyendo las estrategias y las tácticas de las imágenes mediáticas que no sólo reproducen sino que a menudo literalmente producen los imaginarios y las prácticas violentos. Desnaturalizar la violencia juvenil supone desnaturalizar el mismo concepto de juventud como universal cultural. En definitiva, desnaturalizar la violencia juvenil supone (re)politizar (resituar en las luchas por el poder) la violencia ejercida y padecida por los jóvenes y (a)culturar (resituar en las luchas por el significado) los códigos compartidos que la inspiran.

El libro de Mauro Cerbino constituye una magnífica invitación para repensar las pandillas juveniles. En este sentido, se trata de un *work in progress* que sin duda ira ampliando las perspectivas y matices en futuras ediciones que, además de los “territorios emocionales” ecuatorianos deberán tener en cuenta también los nuevos espacios como los barrios de Barcelona donde esos jóvenes errantes construyen las identidades nómadas del siglo XXI.

Carles Feixa



Astrid Ulloa, 2004,
La construcción del nativo ecológico: Complejidades, paradojas y dilemas de la relación entre los movimientos indígenas y ambientalismo en Colombia,
 ICANH, Colciencias.

He aquí un libro que aborda un tema aún poco tratado: la relación entre las organizaciones indígenas latinoamericanas y las ONG ecologistas. La autora, antropóloga del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), se basa en particular en el caso de los pueblos indígenas de la Sierra